

Jordi Juan Monreal

El objeto de este artículo es situar la posición de las *Candidatures d'Unitat Popular* (CUP) en el contexto del progresivo y acelerado auge del sentimiento soberanista en la Comunidad Autónoma de Cataluña, cuyo reflejo más evidente son los más de un millón de personas que salieron en la pasada *Diada* convocadas por la *Assemblea Nacional Catalana* (ANC) bajo el lema "*Catalunya Nou Estat d'Europa*".

La posición de las CUP debe enfocarse desde dos vertientes: como organización y como espacio de confluencia de las organizaciones que integran la llamada *Esquerra Independentista* -Izquierda Independentista-, y como esta entiende el proceso que ha de llevar a la consecución de la independencia en els Països Catalans, coaligando inextricablemente dicho proceso a una superación y ruptura del actual modelo económico capitalista, optando claramente por una vía democrática y socialista que permita romper el marco jurídico y económico que representa el Estado español. En este sentido, la ola soberanista catalana no puede entenderse al margen de la crisis económica y de legitimidad del Estado español, así como de la dinámica de las organizaciones anticapitalistas de ámbito estatal, que han hecho zozobrar las bases sobre el que se ha legitimado el consenso y los lugares comunes discursivos hegemónicos desde la Transición.

De la crisis económica a la crisis de régimen. La crisis económica, en la particular versión que nos ofrece el Estado español, ha venido acompañada a la sazón con una crisis de legitimidad de todos los resortes heredados por la *Transición*, entendidos estos -tal como muy bien explicita Amador Fernández-Savater (2012) en uno de los capítulos del libro CT o la Cultura de la transición como:

una cultura esencialmente consensual, pero no en el sentido de que llegue a acuerdos mediante el diálogo de los desacuerdos, sino de que impone ya de entrada los límites de lo posible: la democracia-mercado es el único marco admisible de convivencia y organización de lo común, punto y final.

Es en este contexto donde hay que situar el movimiento 15M, sus afines, y derivadas políticas, los movimientos contra los recortes y contra los desahucios, incluso el notable ascenso de la izquierda abertzale, en un escenario de fin de la lucha armada y de persistencia movilizadora de la mayoría sindical vasca, entre muchos otros agentes políticos que deshilachan las costuras de este conjunto de convenciones aparentes como es la mal llamada *Transición*

democrática que únicamente esconde un ejercicio de reafirmación de clase por parte de las élites económicas, con la connivencia de la izquierda institucional que optó claramente por una vía desmovilizadora.

Es evidente que en este proceso la quiebra del Estado español como proyecto político, o más concretamente como Gerardo Pisarello la ha querido denominar una “*democracia isonómica*”, con leves y escasos rasgos de lo que tendría que ser una democracia liberal, ha agravado un problema perpetuo, como es el nulo encaje que las nacionalidades históricas tienen en el actual marco jurídico y político español. Un proyecto, que ha intentado esconder inútilmente la naturaleza de un Estado que se ha construido sobre la negación del resto de identidades que conforman el Estado español, manifestando una clara aversión y patologizando su propia condición de Estado plurinacional y pluricultural.

De acuerdo con estos datos, y casi habría que pedir disculpas por la obviedad, la masiva manifestación del 11S no surge como una explosión espontánea ni como un epifenómeno surgido de la nada, sino que tiene antecedentes claros en forma de posicionamientos de los catalanes ante la reacción identitaria e inflexible del Estado español -Sentencia del Tribunal Constitucional, pronunciamientos del Tribunal Supremo y del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña contra la inmersión lingüística, o las persistentes lindezas y sandeces ultramontanas de algunos responsables políticos, la última la del ministro Wert con su pretensión de “*españolizar*” a los niños catalanes, un sujeto que tiene la pretensión desperjuiciada de provocar una involución educativa de décadas en todo el Estado. Frente a todo ello, la constitución de la *Plataforma pel Dret a Decidir* (PDD) la Manifestación del 10J en favor del *Estatut*, y las consultas en algunos municipios catalanes durante el período (2009-2010), donde los catalanes decidieron constituirse como sujeto político, en un proceso construido desde la base, donde simplemente por estar censado en Cataluña se podía votar- aunque el votante fuera un inmigrante sin permiso de residencia- constituyen claros precedentes de la inmensa manifestación del 11S.

A pesar de todo esto, la manifestación absolutamente masiva del pasado 11S convocada por el nuevo instrumento transversal del que se ha dotado la sociedad civil (ANC) ha pillado por sorpresa a las “fuerzas vivas” en Cataluña. Personificadas estas, entre muchas otras, por la derecha regionalista de CiU quien juega con la ambigüedad con el objeto de sacar réditos del actual modelo de *statu quo*; y también cogiendo por sorpresa a un PSC en plena crisis de declive electoral e incapaz de dar una respuesta coherente al anhelo político de los catalanes y las catalanas, los cuales o bien, directamente, quieren iniciar un proceso de independencia o, como mínimo, redefinir las relaciones con el Estado en términos claramente diferentes respecto a los actualmente existentes, encontrándose, unos y otros, como respuesta, con afirmaciones retóricas de nula credibilidad, en el mejor de los casos, o directamente con el inmovilismo por parte de las estructuras del Estado.

El 11-S y la lucha por la hegemonía. Este panorama ofrece unas claras potencialidades de ruptura con el viejo modelo político heredado del tardo-franquismo en Cataluña. El problema con el que se encuentra la CUP y el movimiento que compone la *Esquerra Independentista* así como la izquierda de referencia estatal, es básicamente el de la capitalización que de este proceso de superación del actual modelo autonómico está realizando la derecha regionalista. Derecha integrada por unas élites económicas y financieras claramente definidas y hartamente conocidas -las 400 familias, *els catalans de Franco*- que han mostrado una acción política claramente acomodaticia, en las dinámicas de inserción del Estado español en los circuitos del nuevo capitalismo neoliberal, así como anteriormente la mostraron en los sucesivos regímenes autoritarios que se han sucedido en el Estado español en sus diversas versiones: restauración monárquica, dictadura de Primo de Rivera, colaborando con el golpismo conspirativo durante la II República, franquismo... Es esta derecha la que en la actualidad, parece que sin ningún tipo de rubor, surfea desacomplejadamente en el nuevo escenario que abre la perspectiva de un proceso de independencia en la Comunidad Autónoma de Catalunya. En este sentido, sólo hace falta observar el recibimiento que tuvo Artur Mas el pasado 22 de septiembre, convertido de manera tan sorprendente como sobrevenida en paladín del soberanismo de derechas.

En segundo lugar, está la cuestión de la construcción de la hegemonía en este proceso de ruptura, y el riesgo de que esta construcción de la hegemonía no se vertebrase desde unos valores políticos de izquierda, a pesar de que sociológicamente la mayoría de las personas que sienten afinidad con el proceso de independencia se consideren a sí mismas de izquierdas. El actual discurso soberanista hegemónico es aséptico en lo social y aparentemente ignora la cuestión de clase, la trasciende o simplemente la posterga bajo la falsa premisa de que es una cuestión inconexa respecto a la construcción del modelo económico. Desde la *Esquerra Independentista (EI)* no hemos cesado de hacer hincapié en el oportunismo de una derecha y unas élites económicas que en un contexto de recortes abrazan sin reparo la *estelada* -bandera independentista- para esconder tras esa bandera las políticas de privatización y desposesión de derechos sociales. Así, la convocatoria de la izquierda independentista de la *Diada 11S* de l'EI -convocatoria que incluye la CUP- se encabezó bajo el lema

No al pacte social, no al Pacte Fiscal. Independència i socialisme. Sense sobirania econòmica no hi ha independència [No al Pacto Social, no al Pacto Fiscal. Independencia y socialismo- Sin soberanía económica no hay independencia].

Denunciando el oportunismo de la derecha regionalista, y a la vez el sinsentido y la miopía política que supone defender la independencia haciendo abstracción del modelo social y económico en el que se insertará un eventual Estado independiente.

Desde la izquierda independentista tenemos la responsabilidad de visualizar que el proceso de ruptura con el Estado español, va ineluctablemente asociado a un proceso de superación del modelo económico capitalista; de una vía socialista y democrática hacia un modelo económico comunista que supere la sociedad de clases. No tiene sentido cambiar la sumisión al Estado español y francés por la de los organismos transnacionales, FMI, UE, Banco Mundial. Participar en la manifestación de l'ANC por parte de la izquierda independentista, o entrar en las filas de la misma ante una eventual “potencialidad de alteración de la correlación de fuerzas” hubiera sido un error. La manifestación de la *Diada* de la *Esquerra Independentista* – también histórica respecto a años anteriores- fue el único espacio donde se visibiliza la voz de una verdadera soberanía, en el sentido del doble eje de ruptura antes indicado, y no constituye una renuncia a disputar hegemonía al “independentismo sociológico” mantener un perfil discursivo propio. Mantener y radicalizar el discurso de clase en la *Diada* es un pulso que se acompaña, día a día, con un trabajo cotidiano de base a lo largo de todo el territorio a través de los espacios populares: casales, defensa de la lengua, de la cultura y de las estructuras de militancia territoriales y sectoriales de base, fuertemente asamblearias.

Prueba de la importancia que tiene marcar un perfil político y estratégico propio vinculado a un posicionamiento político en términos de clase, es la dejación que desde la ANC se ha hecho en Artur Mas para liderar un eventual proceso de independencia, con una escenificación que desde la cúpula se hizo al finalizar la *Diada*. Y posteriormente en la concentración laudatoria que se hizo en la Plaza Sant Jaume, recibiendo a Artur Mas, tras el viaje de este a Madrid para supuestamente intentar negociar las bases del pacto fiscal el pasado 22 de septiembre, como el nuevo profeta que guiará a la Comunidad Autónoma de Catalunya, en un giro radical por parte de Mas, de la senda del oportunismo a la del soberanismo. Artur Mas, una persona que se ha destacado por su total ambigüedad e indefinición respecto al futuro político de Cataluña y que, en cambio, ha actuado con meridiana claridad respecto a sus intereses de clase con recortes y privatizaciones, sazonado todo ello con lo que ya hemos mencionado. Absurda impostura que ha supuesto la escenificación de encuentros y desencuentros con el gobierno respecto al pacto fiscal. Farsa que fue respondida por la izquierda independentista en su propia convocatoria del 11S con un inequívoco perfil de clase. Esta dejación de confianza, este clasismo “invisible” delata sin duda las limitaciones de un anhelo soberanista transversal que omite cualquier valoración sobre la situación de los trabajadores y los sectores populares y se abstiene de ponderar cualquier cuestión de clase. Cuando precisamente la independencia es una cuestión de clase. La cuestión es de cuál clase.

Y todo ello no es óbice para que hagamos una severa autocrítica, y que señalemos que todo ello también es una muestra de nuestra propia debilidad,

de la *Esquerra Independentista* y la del resto de las organizaciones rupturistas; de nuestra propia incapacidad organizativa, para poder hegemonizar ideológica, política y culturalmente este proceso de independencia. Por otro lado, desde la izquierda estatal, cabe destacar que no se ha conseguido aglutinar todavía una masa crítica en *pro* de una ruptura con el modelo económico y social y en favor del derecho a la autodeterminación en el Estado español, siendo este sin duda un motivo de preocupación común tanto por parte de la izquierda estatal como de la independentista.

Se trata de no repetir errores por parte de la izquierda anticapitalista vinculada a la tradición de clase, donde antaño (y en tiempos tampoco tan pretéritos) lecturas mecanicistas y autistas ante los nuevos agentes políticos han conllevado la falta de una necesaria unidad de acción con estos agentes políticos - por ej. feministas, ecologistas, transex, y en el caso que nos ocupa el colectivo de organizaciones que integran dentro de su esfera de actuación la lucha por la emancipación nacional- redundando lamentablemente en una atomización de las luchas que, con el paso de los años ha comportado un lastre a la hora de tejer lazos y sinergias para vertebrar una acción política conjunta en lógicas de ruptura y cuestionamiento del marco político y económico del Estado español surgido de la Transición. En este sentido, la cuestión nacional es un eje de ruptura estratégico imprescindible que la izquierda estatal no puede permitirse el lujo de menospreciar o ignorar como una deriva ajena a su tradición política, bajo riesgo de repetir viejos errores. Somos compañeros de viaje en el proceso de emancipación de clase nos guste o no, y tenemos que construir desde nuestra diferencia un relato de lucha común.

Jordi Juan Monreal es miembro de la CUP de Barcelona.

Bibliografía citada:

Savater, A. (2012) *CT o la Cultura de la Transición*. Barcelona: Debolsillo.